

Dos profetas: Mons. Romero y el P. Arrupe Lucha crucial por la justicia. Graves conflictos con la jerarquía. Entrega al misterioso Dios¹

Jon Sobrino
San Salvador, El Salvador

En 1980, muy poco después de su asesinato, lo primero que dije y escribí de Monseñor Romero es que *creyó en Dios*. Y siempre en 1980, escribí un largo texto sobre *Monseñor Romero, verdadero profeta*. En 1982, apareció en forma de libro. De Monseñor me impactaron *la calidad de su fe y la calidad de su profecía*. Ahora, 40 años después, vuelvo a escribir sobre su *profecía*, advirtiendo tres cosas.

La *primera* es circunstancial, pero significativa. Desde octubre de 2019, me han llovido las peticiones para hablar y escribir sobre los ocho mártires: Ignacio Ellacuría, Joaquín López y López, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Juan Ramón Moreno, Amando López, y Julia Elba y Celina. Las acepté todas, aunque mi edad ya avanzada, 80 años, y mi muy frágil salud no me facilitan decir algo muy nuevo, sino que, a lo sumo, puedo hacer alguna que otra actualización. Digo esto porque en esas me encuentro al escribir ahora sobre Monseñor Romero, y desde ya pido comprensión si el lector encuentra que repito en exceso cosas que ya he publicado. La *segunda* es que a los organizadores del libro les gustaría que, a poder ser, los autores escribamos textos personales y concretos, de modo que haya suficiente variedad en los artículos. Esto me ha animado a poner juntos al *profeta Romero* y al *profeta Arrupe*, sobre quien escribí también un breve texto hace un año. De hecho, el título de este artículo ya lo destaca. Comenzaré con ello. La *tercera* advertencia es la relación esencial de *Mons. Romero, también en cuanto profeta, con el pueblo salvadoreño y con Dios*.

1. Publicado en D. J. Xavier y E. Sbardelotti (orgs.), *San Romero de América. Martirio, esperanza, liberación*, pp. 26-38 (Montevideo, 2022).

1. Romero y Arrupe

El 14 de octubre de 2018 fue canonizado Monseñor Romero y el 5 de febrero de 2019 se inició el proceso de canonización del padre Arrupe. Son dos fechas muy cercanas entre sí para recordar a dos personas entrañables. El padre Arrupe nació en Bilbao, el 14 de noviembre de 1907, fue superior general de los jesuitas de 1965 a 1983, y murió el 5 de febrero de 1991. Monseñor Romero nació en Ciudad Barrios, el 15 de agosto de 1917, fue arzobispo de San Salvador desde 1977 hasta su asesinato, el 24 de marzo de 1980.

Ignacio Ellacuría, nada dado a la retórica vacía y buen conocedor de Monseñor Romero y del padre Arrupe, los consideró hombres *egregios*. Así lo dijo al defender a este último de quienes lo acusaban de echar a perder a la Compañía de Jesús con su mal gobierno como general de la Orden. Ellacuría insistió en que Arrupe ejercía la autoridad como debía, es decir, de modo evangélico. Y añadió estas solemnes palabras: “Solo conozco a otro hombre *egregio*. Es otro mártir, Monseñor Óscar Arnulfo Romero, tan amigo del padre Arrupe y tan consolado por este en sus difíciles viajes a Roma”. Pensadamente, buscó una formulación que los enalteciera a cada uno. De Monseñor Romero dijo: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Y de Arrupe dijo: “Ha sido el *Juan XXIII* de la vida religiosa”.

En vida, Monseñor Romero y el padre Arrupe se conocieron, hablaron de sus proyectos y problemas, y se animaron y se consolaron mutuamente. Y con máxima seriedad y cariño, expresaron la opinión que uno tenía del otro. Monseñor menciona al padre Arrupe varias veces en su diario. El 3 de mayo de 1979, escribió: “Fui a almorzar a la Curia Generalicia de los padres jesuitas. Y me hicieron el honor de ponerme en la mesa del padre Arrupe, con quien conversé antes del almuerzo sobre la situación eclesial de mi país. Y él también me contó varios proyectos de la Compañía en América Latina”. Un año antes, el 25 de junio de 1978, termina la narración de su larga conversación con Arrupe con estas palabras: “Es un hombre muy santo y se ve que el Espíritu de Dios lo ilumina”. Por su parte, el padre Arrupe, en julio de 1983, en una entrevista, ya con dificultad de dicción y con las limitaciones de un enfermo de gravedad, pero manteniendo la libertad que lo caracterizaba, al preguntarle Miguel Lamet por Monseñor, dijo: “Sí, muy amigo mío. Se convirtió gracias al ejemplo del P. Grande”. En otra ocasión ya había dicho, y ahora cito de memoria, pero con verdad: “Monseñor Romero es un santo”. Así hablaban el uno del otro.

Distintos en temperamento y en responsabilidad ministerial, su disposición al cambio fue muy semejante. Más aún, los dos dieron un vuelco al modo de pensar, de sentir y de actuar, en el ámbito de sus responsabilidades. Fueron hombres de justicia, que defendieron a los oprimidos de los opresores. Hombres

de verdad y de libertad para denunciar. Hombres de fortaleza para mantenerse firmes en la crítica y la denuncia. También fueron hombres de gozo, al ver florecer el evangelio, en medio de horrores, sin caer en la tristeza. Y *en el fondo*, su modo de captar y de situarse ante la realidad salvadoreña y de sufrir las consecuencias fue semejante. *En las formas*, el modo fue obviamente diferente, según la inmediatez o la lejanía geográfica de El Salvador.

Entre ambos hubo una gran sintonía espiritual e histórica. Les tocó lidiar con problemas parecidos: graves conflictos externos con los poderosos y los opresores; graves conflictos internos con miembros de la jerarquía en El Salvador y en Roma, y de la Compañía universal, es decir, “con los de casa”; y burda difamación de sus personas. En definitiva, sufrieron persecución y cargaron con ella. En positivo, ambos experimentaron la cordialidad de mucha gente del pueblo, cargaron con él y se dejaron cargar por él, y ambos se entregaron sin medida al misterioso Dios. Veámoslo en detalle.

Monseñor Romero y el padre Arrupe superaron la visión tradicional, verdadera, pero con peligros, de la *caridad*, y avanzaron hacia la novedosa centralidad de la *justicia*. Arrupe, a pesar de la opinión contraria de muchos jesuitas importantes, decidió convocar la Congregación General XXXII. En 1975, esta congregación proclamó como esencial a la identidad del jesuita, “la lucha crucial por la justicia” —más adelante, mencionaré “la lucha crucial por la fe”—, y añadieron sabiamente que “no trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”. Así ha ocurrido. Me concentraré en el precio pagado, pues es lo que muestra mejor el contenido y las consecuencias de luchar por la justicia.

Si no he contado mal, 32 jesuitas fueron asesinados entre 1975 y 1991, año en que falleció Arrupe. En la actualidad, estos pueden llegar a 60. Volviendo a Arrupe, este elevado número de jesuitas asesinados no lo hizo cambiar su postura respecto a la justicia. Ni siquiera intentó moderar la intensidad de la lucha. Como superior general, se mantuvo firme. Estaba convencido y aceptaba con gozo una Compañía de Jesús novedosamente martirial. En 1977, inmediatamente después del asesinato del padre Rutilio Grande, escribió una carta a la Compañía de Jesús, en la cual lo puso como ejemplo actual para todos los jesuitas. En 1989, cuando le comunicaron el asesinato de los seis jesuitas de la UCA, junto a Julia Elba y Celina, su enfermero, el hermano Bandera, dijo que había llorado. A mí me impactó mucho la firmeza de Arrupe, pues me tocó vivir de cerca la persecución y el asesinato de varios jesuitas.

Monseñor Romero, como ya es bien sabido, experimentó el horror del precio a pagar. Baste recordar que durante sus tres años de ministerio arzobispal, seis sacerdotes fueron asesinados. Después de su asesinato, otro obispo, Mons.

Joaquín Ramos, diez sacerdotes, un seminarista próximo a ordenarse y cinco religiosas fueron también asesinados. Era parte importante del precio a pagar. La reacción de Monseñor Romero fue totalmente inesperada. “Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes”. En todas sus homilias dominicales mencionaba a su pueblo crucificado, precisando, en cuanto podía, la fecha y el lugar, la cantidad y los nombres de quienes habían sido asesinados. También mencionaba a sus sobrevivientes y se detenía para detallar su situación. Nunca olvidaba mencionar a los victimarios: el ejército, los cuerpos de seguridad y los escuadrones de la muerte. La víspera de ser asesinado, los denunció y los desafió con palabras que se recuerdan hasta el día de hoy: “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!”.

En segundo lugar, tanto Monseñor Romero como el padre Arrupe amaron entrañablemente a la Iglesia, el cuerpo de Cristo, y al pueblo de Dios, y fueron leales a su jerarquía. Los dos sufrieron por su lealtad al evangelio y a la Iglesia de Jesús. “Fueron perseguidos por los de su raza”, se dice en algunos pasajes de la Escritura.

Entre nosotros, Monseñor fue insultado y despreciado por sus hermanos obispos, especialmente por Mons. Aparicio y Mons. Álvarez. También tuvo serios conflictos con varios cardenales de la curia vaticana, entre otros, los cardenales Sebastiano Baggio y Alfonso López Trujillo. Son conocidas las tensiones con Juan Pablo II, quien, corrigiéndolo, le insistió en que se distanciara de cualquier tipo de marxismo y que mantuviera la armonía con el gobierno, aunque fuera claramente antidemocrático y tolerase los crímenes. Juan Pablo II se tenía como un buen conocedor de estos asuntos, por haber vivido el comunismo en Polonia. Con aire de superioridad, aconsejaba a Monseñor Romero y le recomendaba no ser ingenuo. Monseñor no encontró comprensión en el papa para los gravísimos problemas que agobiaban a su Iglesia y al país. De esa entrevista salió llorando. Tras su asesinato, Juan Pablo II cambió su actitud. En febrero de 1983, visitó El Salvador, alabó a Monseñor Romero como un “celoso pastor” y rezó ante su tumba. Después, durante un almuerzo con los obispos, les preguntó qué pensaban de Monseñor Romero. De dos personas presentes escuché lo que respondió el obispo Marcos Revelo: “Fue responsable de 70,000 muertos”. Increíble, pero cierto.

También el padre Arrupe sufrió seria enemistad y ataques “de los de su raza”, jesuitas importantes, incluso provinciales. Deseaban y buscaban que el papa aprobase la división de la Compañía de Jesús en dos: *la Compañía del padre Arrupe* y la que dieron en llamar *la vera Compañía*. Arrupe frecuente-

mente tuvo tensiones con los obispos y los cardenales. En medio de los gravísimos problemas mencionados, tuvo serias dificultades para conseguir una audiencia de unos pocos minutos con Juan Pablo II. Cuando le manifestó razonadamente su decisión de dimitir como superior general de la Compañía de Jesús, Juan Pablo II no se lo permitió.

En tercer lugar, los dos sufrieron desprecios e insultos. A Monseñor lo insultaron de manera tan burda, que es difícil de creer. La primera página de un periódico local destacó, en gran titular: “Monseñor Romero vende su alma al diablo”. En otra ocasión, esta vez en las páginas interiores, anunció que “El próximo sábado, se hará un exorcismo a Monseñor Romero para liberarlo del demonio”. Los insultos dirigidos contra el padre Arrupe fueron más sofisticados, pero no menos venenosos. Sus enemigos difundieron el siguiente eslogan, que Arrupe contaba con humor: “Un vasco [Ignacio de Loyola] fundó la Compañía. Y otro vasco [Pedro Arrupe] la está destruyendo”. Al final de su vida, Monseñor Romero recibió varias amenazas de muerte. No así Arrupe, cuyo final fue una cruz muy distinta, pero no por eso menos dolorosa. Sufrió las consecuencias de una trombosis cerebral. Él, que era una persona de inmensa creatividad y simpatía, experimentó una disminución gradual, pero inexorable, hasta quedar convertido en una piltrafa humana. “Soy un pobre hombre”, le dijo a Lamet, en la entrevista citada.

Después de la muerte de ambos, la actitud de la curia vaticana ha sido muy similar. El proceso de canonización de Monseñor Romero avanzó con gran lentitud hasta detenerse. Todavía tenía adversarios y opositores en la curia vaticana, que no deseaban que la Iglesia lo declarase, pública y solemnemente, cristiano ejemplar y modelo de obispo. El proceso de canonización del padre Arrupe también se desarrolla lentamente. Muy posiblemente, según fuentes seguras, porque algunos recuerdan todavía sus tensiones con los cardenales y con Juan Pablo II. En ninguno de los dos casos ha habido *santo subito*, ni se han dado las facilidades que encontraron los procesos de José María Escrivá, Teresa de Calcuta y Juan Pablo II. Los obstáculos que los dos procesos habían encontrado han sido superados con la llegada del papa Francisco y no precisamente por ser jesuita como Arrupe.

Lo importante no es que una curia reconozca el cumplimiento de todas las normas exigidas para la canonización de los cristianos y cristianas excelentes o, dicho de manera rimbombante, que sean elevados al honor de los altares. Lo importante es que sean mejor conocidos y nos empapen de humanidad, de misericordia, de justicia y de verdad, y, sobre todo, que nos empujen a seguir a Jesús, a cargar con su cruz y al mayor amor de dar la vida por los pobres y las víctimas. En definitiva, a confiar en un Dios que es Padre y a la disponibilidad ante un Padre que sigue siendo Dios.

En cuarto lugar, tanto Monseñor Romero como el padre Arrupe “cargaron con una realidad excepcional del pueblo y se dejaron cargar por ella”. Solo lo menciono para insistir en la *hondura ética* de cargar con la realidad y en la dimensión de gracia, al dejarse cargar por ella. Los dos vivieron ambas dimensiones.

Finalmente, termino con la calidad de la fe de Monseñor Romero y del padre Arrupe. Viví más tiempo cerca de Monseñor que de este último. Pero dadas las circunstancias de cercanía, quedé más impactado por la fe personal del padre Arrupe. Por tanto, me detendré en ella.

En junio de 1976, estaba en Guatemala, en una reunión de consultores de provincia, cuando me llamaron de la Curia General. Me pidieron que fuera a Roma, porque el padre Arrupe quería hablar conmigo. Antes de este encuentro, ya me había comunicado con él por carta, en un par de ocasiones. A comienzos de 1975, nos escribió a los profesores de teología de la UCA para decirnos que estaba descontento con el método y los contenidos de la teología que enseñábamos, desde comienzos de 1974. En otra carta, me pidió mi opinión, y la de otros jesuitas, sobre el gobierno de la entonces viceprovincia de Centroamérica. Fui a Roma sin saber exactamente qué quería de mí.

Llegué el 29 de junio de 1976 y nada más llegar a la Curia General, el padre Briceño, uno de sus colaboradores cercanos y buen amigo mío, me dijo: “Vaya problema que estáis causando en la curia los jesuitas centroamericanos”. Lo dijo riéndose. Yo no entendí lo que quería decir hasta que se explicó. Me dijo que los asistentes con mayor responsabilidad estaban asustados, pues había ocurrido algo inaudito. Estaban preparando la carta en la cual el Padre General comunicaba que elevaba a provincia a la hasta entonces viceprovincia de Centroamérica. Pues bien, en esa carta, Arrupe “quería pedir perdón a los jesuitas centroamericanos”. Desconozco en qué términos pensaba hacerlo, pero el hecho, en sí mismo, era inaudito y eso tenía desconcertados a sus asistentes generales. Estos lo impidieron.

De todas maneras, la intención de Arrupe despertó mi curiosidad por el contenido de la carta. En ella, Arrupe formulaba una tesis fundamental: la realidad centroamericana imprimía vitalidad a la misión de la Compañía de Jesús, pero también daba pie a la radicalización de los puntos de vista diferentes y a la agudización de las tensiones. Y añadía dos párrafos que, para mí, son centrales. El primero era de apoyo y consuelo.

Desde Roma he procurado seguir de cerca esta evolución, pero nunca ha decaído mi esperanza, porque en medio de tantas dificultades he visto

siempre en todos, una decidida voluntad de seguir a Cristo, de vivir un espíritu evangélico radical, puro y genuinamente ignaciano.

El segundo párrafo toca el tema que había provocado el desconcierto de los asistentes generales. Aun 43 años después, no deja de sobrecogerme.

Repasando experiencias de estos años respecto a la Viceprovincia, he de confesar que se agolpan en mi memoria recuerdos de distinto signo: unos muy consoladores, otros dolorosos; pero lo que personalmente más siento es el ver que mis limitaciones hayan podido ser a veces causa de malos entendidos [*sic*], penas y sufrimientos que una dirección diferente hubiera podido evitar.

Estas palabras me hicieron comprender lo que me había contado el padre Briceño, nada más llegar a Roma, y, sobre todo, me mostraron a un padre Arrupe que yo no conocía en tal profundidad: un ser humano de honradez total. Ciertamente, en nada egoísta y, lo que ocurre muy infrecuentemente, nada egocéntrico. Y sin poderlo remediar, sentí que el padre Arrupe me remitía a Dios. No a un Dios pensado en conceptos y presente en palabras, ni siquiera en las de la Escritura, ni en las de san Ignacio. Comunicaba a un *Dios real*.

Esto lo fui experimentando con inmensa sorpresa y profundidad, en la larga entrevista que tuve con él, a lo largo de una semana, a partir del 30 de junio. En total, conversamos unas once horas. Insistiré en aquello que es más importante para mí. No fueron sus palabras, sino el *asomarse de Dios* en él.

Me había llamado para comprender la teología de la liberación, antes de hacer un viaje por América Latina. Siendo Arrupe como era, me preguntó mil cosas sobre la teología y la liberación, sobre la justicia y la pobreza, sobre la vida de comunidad y la Trinidad... No me sentí nervioso o intranquilo, sino en paz. Tampoco me sentí en modo alguno privilegiado, porque Arrupe me había llamado para que le aclarara algo. El aire de cercana trascendencia que transmitía me hacía respirar un aire más puro. Me sentía *pequeño*, pero no *empequeñecido*.

Un día sí me sorprendió más allá de lo normal. No recuerdo bien de qué estábamos hablando, cuando de pronto me dijo: “Padre, usted pensará que estoy loco. He escrito una poesía a Jesucristo. ¿Me deja que se la lea?”. Me quedé impactado y en silencio. Le dije que sí, obviamente. Se dirigió hacia su escritorio, encontró la poesía con rapidez y la leyó. No recuerdo lo que decía en la poesía. Sí recuerdo hasta el día de hoy lo que sentí: “este hombre de verdad ama a Jesucristo”. Creo que esto es, más o menos, lo que dijo un monje de Montserrat de muchos años cuando, alrededor de 1622, en el proceso de cano-

nización de san Ignacio, le preguntaron qué recordaba de aquel extraño varón que conoció en Montserrat, aquel Iñigo que hacía locuras. Si mal no recuerdo, contestó: “Ese peregrino era un loco por Cristo”.

Volvamos a *la fe del padre Arrupe*. En una entrevista en televisión, con total espontaneidad y entusiasmo, dijo: “Para mí, Jesucristo es todo... Quítenme a Jesucristo de mi vida y se me desploma todo, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, la cabeza y el corazón”. Y en otras ocasiones, dijo: “Para mí, Dios es todo. Es lo que llena completamente mi vida y que me aparece en la fisonomía de Jesucristo, en el Jesucristo oculto en la Eucaristía, y después en mis hermanos los hombres, que son imagen de Dios”; “Señor: quisiera concertarte como eres. Tu imagen sobre mí bastará para cambiarme”. Y dos últimas sentencias, una en tiempo de salud y otra en tiempo de enfermedad: “Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros”; y “Soy un pobre hombre que procura estropear lo menos posible la obra de Dios”.

A propósito de la intención de Arrupe de “pedirnos perdón” a los jesuitas centroamericanos, quiero mencionar que después de su conversión, Monseñor Romero también “pidió perdón” a personas y comunidades. Dos ejemplos bastan. Pidió perdón al padre Amando López, porque siendo rector del Seminario San José de la Montaña, él y otros obispos invitaron, es decir, forzaron a los jesuitas a dejar dicha obra. También fue a la comunidad de base de la colonia Zacamil para pedirle perdón por haberla criticado antes.

2. Romero y el pueblo

Monseñor Romero fue un “decidor de la verdad”. Un campesino salvadoreño lo dijo de forma extraordinaria: “Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros, de pobres, y por eso lo mataron”. En la tradición bíblica, “decir la verdad” es un imperativo que viene de lejos. Y de lejos viene también cuán peligroso es el ámbito en el que se mueve la verdad. “El maligno es asesino y mentiroso”, dice el evangelio de Juan (8,44). Primero da muerte y después la encubre. Y, positivamente, en consonancia con lo que Puebla dice que Dios hace (1142), Monseñor captó que la finalidad última del *decir verdad* consistía en *defender al pobre*. Y así, sin saberlo, hizo que ocurriese lo que Karl Rahner había dicho muchos años antes: “la realidad quiere tomar la palabra”. Lo mostraré con unas pocas citas.

Monseñor dijo la verdad *vigorosamente*: “nada hay tan importante como la vida humana, sobre todo, la vida de los pobres y oprimidos” (16 de marzo de 1980). En Puebla le dijo a Leonardo Boff: “ustedes, teólogos, ayúdennos a defender lo mínimo, que es el máximo don de Dios: la vida”. Dijo la verdad

extensamente, para poder decir “toda” la verdad. De ahí que sus homilias duraran una hora larga. La dijo *públicamente*, “desde los tejados”, como pedía Jesús, en la catedral y a través de la YSAX. Y la dijo *popularmente*, aprendiendo mucho del pueblo, de modo que, sin saberlo, los pobres y los campesinos eran, de alguna manera, coautores de sus homilias y sus cartas pastorales. “Entre ustedes y yo hacemos esta homilía” (16 de septiembre de 1979). “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (6 de agosto de 1979). Asimismo, elaboró expresiones notables acerca de su relación con el pueblo, en la tarea de decir la verdad. “Siento que el pueblo es mi profeta” (8 de julio de 1979). “Hicimos una reflexión tan profunda, que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (9 de septiembre de 1979). Monseñor fue *popular*, pues siempre respetó y apreció la “razón” del pueblo y el discurrir de la gente sencilla. Sin embargo, se cuidó mucho de no caer en la infantilización religiosa, un peligro que suele ser normal en la pastoral.

En Puebla, los obispos hicieron una opción por los pobres, escribieron la sobrecogedora letanía de los rostros de los pobres (32-39), tomaron nota de su multitud (29), identificaron las causas estructurales de la pobreza y recogieron las exigencias de los pobres (30). Dicho esto, conviene insistir en la formulación *teológica* de Puebla, es decir, *cómo hace Dios su opción por los pobres y qué hace por ellos*, lo cual se suele pasar por alto. Aunque, por otro lado, intentarlo puede parecer audaz, incluso arrogante. Sin embargo, Puebla tuvo esa audacia, sin ninguna arrogancia. En efecto, Puebla declara: “Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida, aun escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama” (1142).

Los campesinos salvadoreños entendieron bien la opción por los pobres de Monseñor Romero. “Nos defendió a nosotros, de pobres”. Así fue. Monseñor *defendió* a los pobres y los oprimidos del país. No solo optó por ellos, sino también los defendió, al impulsar la organización popular y al fundar el Socorro Jurídico, una institución dedicada a defender a los campesinos y a las víctimas de quienes los oprimían y los reprimían. Cuando arreció la represión, abrió las puertas del Seminario San José de la Montaña para acoger a los campesinos que huían de Chalatenango y así los defendió. Una decisión que, por cierto, disgustó a varios obispos. Semana tras semana, defendió a los pobres y a las víctimas con la verdad que proclamaba públicamente en sus homilias. Está claro, pues, que Monseñor defendía al oprimido.

Defender supone *enfrentarse* con quienes agreden, empobrecen, persiguen, oprimen y reprimen, y, cuando es necesario, implica también luchar contra ellos. Monseñor se enfrentó con los que mentían y asesinaban, ya fueran personas,

instituciones o estructuras, por defender a los pobres. Y aceptó el precio a pagar. La suya fue una defensa primordial, que fue mucho más allá de lo que convencionalmente se suele entender por “defender un caso” para ganarlo. Nunca tuvo la intención de “ganar un caso”. Trabajó y luchó para que la realidad maltrecha, la justicia y la verdad ganaran. Monseñor Romero trabajó y luchó para que alguna vez no perdiesen los de siempre.

Monseñor defendió a los pobres con lo que era y con lo que tenía. Cinco días antes de ser asesinado, dijo a un periodista que le preguntó cómo era posible ser solidarios con el pueblo, en una situación tan difícil: “El que no pueda hacer otra cosa, que rece”. Hagan lo que puedan, pero hagan todo lo que puedan, vino a decir. Y añadió la razón de ese hacer: “Y no olviden que somos hombres [...] Y que aquí están sufriendo, muriendo, huyendo, refugiándose en las montañas”. No olviden que “la gloria de Dios es que el pobre viva”, había dicho seis semanas antes de ser asesinado, en la Universidad de Lovaina.

3. Mons. Romero y Dios

La fe de Monseñor fue de una calidad excepcional. Basta con citar estas palabras de una de sus homilias dominicales, pronunciada un poco antes de ser asesinado: “Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. ¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!”. Y su entrega a Dios fue total. Seis semanas antes de ser asesinado, hizo los Ejercicios de san Ignacio. En su diario se lee lo siguiente:

Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas las injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado.

Estas líneas revelan su entrega total a Jesús y, en definitiva, a Dios. El diario sigue, esta vez con palabras propias, de la siguiente manera:

Así concreto mi consagración al corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia [...] porque el corazón de

Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en Él están mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados, en Él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y *otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria.*

El final es de una finura y de una desmesura inesperada.

Termino recordando la fe de Monseñor Romero, así como antes me detuve en la fe del padre Arrupe. Esa fe supone una “lucha crucial” contra cualquier afirmación de uno mismo. Fe y justicia, y fe y profecía están relacionadas íntimamente. Cuanto más nítida sea la fe en Dios, más decidida será la lucha por la justicia. Por eso, he hablado de la fe de ambos. Llegado a este punto, puedo afirmar, sin *dubitar ni poder dubitar*, que la fe hace más profunda la justicia. Eso es lo que vi tanto en Monseñor Romero como en el padre Arrupe. Concluyo con las siguientes palabras de Monseñor, pronunciadas el 23 de marzo de 1980, que muestran en su totalidad al Romero profeta:

Le pido al Señor durante la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y, aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión.

San Salvador, 24 de diciembre de 2019.